

*Para*

*Mikel*

0.

He vuelto a ver esa flor que un día arrancamos y plantamos en una maceta. Una flor amarilla como de jardín, que no había vuelto a ver hasta ahora. La he encontrado exactamente en el mismo sitio. Cerca del río. La plantamos para llevársela a Nerea y decirle que era la flor que ella plantó. La misma flor.

Ha llegado el momento de poder escribir sobre nuestros paseos en Apodaka. Es el verdadero motivo por el que me he quedado sola en Madrid estos días de agosto en vez de ir a Bilbao con Mikel. Qué puedo hoy tener aquí que no allí, no sé. La idea del pasear, de cruzarlo todo, fue un flechazo con mi pequeño pisito. Aquí me quedo, pensé. Y aquí estoy, como siempre. Sin embargo tú, Jorge, sólo has aparecido de soslayo en la conversación con un amigo y también en sus brazos morenos. Mientras tanto he vagado estos días de un amor a otro, más o menos afortunado. Manejándome en mis recuerdos, incluso atreviéndome a creer que el arte tiene más poder que los recuerdos. Que hoy todo sucede siempre tal como yo quise. Quiero o querré.

Son las siete de la tarde y acabo de desayunar, aunque no tenía mucha hambre, cola cao y aguacate con bien de pan. El día empieza. Y me queda un paseo infinito por delante. Sé bien de sobra cuál es nuestro territorio, por dónde nos movemos. Un lugar acotado por nosotros. Hasta donde llegamos a los siete, a los diez a los doce años. Sin embargo la superficie no se agota. Nosotros hicimos nuestras rutas. Decir pasear, es una manera de hablar. Explorábamos, buceábamos. Vamos a través.

Este es el tema que elijo desde el principio. Ir a través de todo. Pero sólo hoy puedo por fin tirarme de cabeza y escribirlo así y asá. Por que las circunstancias me lo permiten. Doy las gracias a Kiko y Asier. A Mikel. Agradecimientos hoy sólo para chicos porque en esta historia la chica soy yo.

Profundidad, de arriba a bajo, chapuzón de verano.

Hay todo un mundo del que no voy a hablar. Me coloco en la fuente del recuerdo y me olvido de todo. Nazco. Olvidar todo para conseguir que todo lo amado sea verdad. Estoy en vuestras manos. Temblorosa o palpitante, intermitentemente. Ahora temblorosa, ahora palpitante, a punto de crear o ser creada.

Creada a los 27 años, en un piso. Sentada en una silla. Nacida con un cuerpo de mujer que no puede decir que haya nacido bebé, niña o adolescente. Una mujer recién venida al mundo con la carne todavía temblorosa y palpitante por el viaje.

Precisamente hoy me coloco en el centro absoluto y no me muevo ni un pelo. Sujeto la silla con el culo, sujeto el suelo con los pies, y con la espalda recta miro. Mis manos teclean simétricamente. Son dos arañas. Toco el piano, bailo. Sujeto la mesa con los codos, sujeto las patas con las rodillas. Hablar sin mover los labios. En esta habitación nueva, de corazón a corazón: El infinito. Toco el piano, bailo. Suena.

Un regalo recibido. Un eco.

La canción. Mi misión de oficinista, transcribirla fiel. Meter la cabeza en espuma de jabón. No poder respirar y respirarla. Hacer de mi vientre un globo. Y bailar y bailar.

Tengo las palmas calientes quietitas sobre el teclado. Ya nunca podré abandonar este lugar. La silla donde he nacido. Taconeo, dos veces. Tecleo en diagonal ascendente. Ya no necesito respirar.

Bato mis alas. Soy bailarina. Y los dedos cantan en la mesa.

Todos los amores ni viejos ni nuevos tienen cara. Lo único repetido son las dos manos. Manos sin líneas en la palma de la mano, sin surcos ni ríos. Manos mariposa. Cloqueo como una gallina.

Soy cucaracha. Rana. Cabra y todos los bichos que viven debajo del musgo. Todas las bacterias que palpitan, la sangre que explota brazos. Un águila, un halcón, una mujer primitiva, no tengo voz. Soy una vaca, un mosquito de charco. Un barco, barro. Bato mis alas en el lugar prometido donde sorprendidos se dicen todos los poemas de memoria. Repetidos sin fin en un mundo sin fin nos cambiamos la silla. Muero, me alzas en brazos, desvaneces, te resucito y canto, grito, lloro. Hago el teatro. Cambio cien mil veces de cara y tu sonrisa no me cabe en la boca. Ojos como ventanitas al mar inmenso. Yo ya no sé ni quién soy. Mi rubita.

Flores, flores, flores. Siempre me las encuentro en el camino. Llegar a una flor y darse media vuelta. Camino ascendente desde un pueblo que no tiene a dónde bajar. Las losas del monte desnudo hacen del camino algo majestuoso. La sombra de los árboles cuando el camino se estrecha conserva una humedad densa que me lleva a otras vidas. La curva de las primulas. Las violetas muy cerca del suelo, protegidas. Humedad, barro, charcos. El agua brota pero no se deja ver y no para de subir. Mis piernas respiran aire y son una locomotora. Paseos egipcios flanqueados por encinas en bloque. Bebe de botijo. Filtración. Caminar en llano en altura e intentar ir más rápido que el sol. Un sueño, una aventura secreta en el silencio del planeta.

Descender, hacia un sitio que no es la casa. Un valle nuevo. El único sitio en el que todavía hay sol. Salto las sombras de las hierbas. Atardecer al máximo. Bajo. Todo empieza a perder su cualidad de imagen, de sueño, de meta. Empieza a haber distancias no calculadas, maneras de apañárselas. Es sólo otro caminito entre dos montes y empieza a refrescar.

Antes de que se haga de noche cruzo unos campos rojos. El suelo brilla y me alumbra. Doy zancadas como una gigante, y en el intervalo anterior a que oscurezca por completo el cielo se pone azul profundo y brilla una estrella blanca. Llego a un caminito de parcelaria que me lleva hasta un pueblo. Unos chicos jóvenes y uno viejo me dicen dónde estoy. Se ríen cuando les digo dónde vivo. Ya es muy de noche. Me acuerdo de Rubén, un chico de mi clase que vivía allí. Me hubiera gustado encontrármelo. Que me invitara a un café.

Amor marciano que me recuperas después de la función. Invítame a un batido de fresa con limón. Hazme el amor. Tu bailarina. Cautelosa doy el paso que me toca pero mi corazón da vueltas de campana. Giro universal: el que se puntúa con el 10.

Segundo asalto, mañana, alba, despuntar. El camino de la suerte, donde los del pueblo se reparten la leña para ese año. Desbrozan el bosque y dejan sólo algunos árboles. Desde siempre me ha fascinado ese paisaje. Volver cuando ya se han llevado casi todo. Volver años después a ese que fue un camino para hacer "la suerte" (así lo llaman), y sentir cómo un nuevo bosque brota entre todo lo caído. Cómo todo se enreda con un orden prehistórico precisamente ahí donde hemos metido la mano. Rinocerontes, helechos. El camino no lleva a ningún sitio, pero tampoco termina abruptamente. De repente, ya no hay pista. Los surcos que deja el agua en dirección contraria los tomo como caminos provisionales hacia un manantial.

Hace poco estuvimos en mi sitio más secreto. Para llegar allí cogimos el camino de la suerte. Entre los helechos gigantes había pequeñas flores de San José y algunos gladiolos enanos como si alguien hubiera traído aquí su jardín en compost. De jardín a jardín. Semillas, lo más duro y lo más negro. Botón. Entre dos cuñas de piedra hacemos el amor. Te he traído aquí. Te digo que aquí empezó el paseo que antes he contado. Tú ya lo sabes. El paseo más largo e intenso que nunca he dado. Que llegué a casa con mi batita negra llena de agujeros de meterme como mi perro, como un conejo, un ciervo, un zorro o un jabalí entre los árboles enredados con matos. Ciega. Y llegué al sol, lo vi todo y bajé a buscarlo. Cuando por fin volví a casa bien de noche y con el vestido roto mi madre me preguntó que a ver si estaba loca.

El paseo de todos los paseos de mi vida. Que sólo una vez hice sola. Y ahora lo revivimos por partes. Violetas y primulas mis preferidas. Flores tempranas todavía a la sombra. Quedan lo más lejos de mi casa. Al otro lado del río, en las faldas del norte por donde empieza siempre una aventura larga.

Desde la sombra como una violeta o una primula veo los campos de trigo brillar cual islas. El monte se desprende en cachos de piedra, losas diminutas que me puedo meter a la boca y chupar. Hormigas, rodillas con incrustaciones. Soy pequeña y el mundo es grande. Mis ojos no caben en el mundo. Piernas, brazos y ojos. Y un pecho-espalda flaca sin importancia. Conduzco mi cuerpo desde este eje-tronco que no me importa. Ojos, piernas y brazos. Bicicleta. Jugar al fútbol sin camiseta. Pecho liso y moreno como el de todos. Tetillas como las de todos. Toda una infancia extasiada. Montes, río, luz, sombra, cuevas, caseta, chicos mayores sin camiseta. Paseos en bicicleta demasiado largos para mí. Me ponía roja como un tomate de no parar y no poder casi ni poder. Jorge y yo los más pequeños y casi iguales. Diferentes, muy diferentes. En verano, los dos morenitos. Nos gustaba mucho estar solos, o por lo menos es lo que más recuerdo.

Zapateros flotando parece que no tocan la superficie. Las pozas de Sarria. Subimos con la colchoneta río arriba por donde el agua no llegaba a un palmo. Remontamos el río y llegamos a un umbral. Llegábamos más lejos de lo que habíamos imaginado llegar. Pura creación. Misterio. De vez en cuando, imágenes completamente nuevas, lugares nuevos que permanecen siempre igual de frescos, sin nombre. Digo umbral porque no recuerdo poder llegar más allá. Creo que allí el río era ya solo un hilito como el pis de un niño que brotaba. La colchoneta encallada. Los pechos negros de arrastrarnos por las rocas remontando el río. Haciendo de nosotros colchoneta o balsa remolquera, renacuajos, zapateros, protozoos y hojas negras llenas de río. Todas las hojas negras como sanguijuelas haciendo claroscuro en nuestra piel. Libélulas cortan el agua a toda velocidad. Nos bañamos una y otra vez. Y en medio de la poza no se ve nada. Es tan profunda que al bucear hacia dentro jamás se atisba el fondo, y al acercarse otra vez a la luz los piecitos hacen un gesto de disculpa.

Estos días estoy comiendo con más gusto que nunca. Me siento totalmente en la apetencia. Ayer, hablando con mi madre, me dijo: aliméntate. Hoy me he comprado un gallito y el pescadero me ha metido en la bolsa dos langostinos cocidos. Me he comido uno y he chupperreteado la cabeza que estaba roja por dentro. Un hambre maravillosa. Por la mañana me he levantado de la cama de un salto y he comprado jamón serrano y queso de tetilla, y he comido antes de nada. Más hambre que después de cien mil baños y de todos los paseos. Ya no me vale sólo el cola cao y el aguacate. Me como el sol.

Poder escribir así es como para dar las gracias en todos los idiomas. Idiomas de fruteros a los que no entiendo bien. Los de la esquina de mi calle con la otra, que creía que eran hinduistas y hoy me han dicho que son musulmanes. De Bangladesh, un país principalmente musulmán. Me toman el pelo con rezos budistas que suenan a refrán. A uno de ellos siempre le gusta decirme listas de nombres que son diferentes maneras de lo mismo en no sé qué idiomas que yo no conozco. Creo que me quiere vender fruta. Hoy sólo les compro dos naranjas. Antes del gallo me como una en dos mitades. Por fin, después de unos días con la cabeza como una locomotora haciendo todos los cálculos, ya no escribo con la cabeza. Necesito mucho combustible. Pero no azúcar que dicen que se gasta mucho cuando se piensa. Necesito dieta de verano. Tomates de tomatara comidos a mordiscos. Pimientos crudos. Peces que nunca he pescado, chuletillas al sarmiento. Todo lo que me ponga a tono. Manzanas, uvas ácidas. Magdalenas, huevos de Rufino. Vainitas, fresas. Setas negras, zorros, palos que ha traído el río y ahora están secos pero esponjados, flotantes.

Palos mezclados con piedras en un río seco donde culebrean las culebras. A las orillas del río hay fresas enanas que son como cápsulas del pleistoceno. Y los bortos, la fruta del madroño, que se defienden a ser comidos. Siempre los he arrancado antes de tiempo, no sé lo que es un borto maduro pero su sabor no tiene sentido. Cuelgan del árbol y parece que se doran a torna-rojo como el melocotón. Pero dentro no tienen agua. Una densidad indefinida hecha para otros paladares. Otros paladares, de otra gente más antigua o más moderna. Gente que viene de otro sitio o que viven en sitios que desconozco. Comer como la cosa más sagrada. Tocar en la ceremonia de la vida. Bailar como bailan los enamorados.

Higos son la fruta primitiva y más sofisticada, entre el amar y el comer. ¿Será lo que llaman ambrosía? Una higuera cerca del mar, una culebra que se levanta negra y desafiante. Encima del puentecito bajo el que estaba la culebra había una higuera que nunca vi. Pasé de largo, corrí. Recuerdo y nunca olvidaré, esa otra culebra, hace muchos años, que se puso desafiante en nuestro camino. Jorge me cogió en brazos y dio un salto de pértiga para seguir adelante.

Corremos por los bosques, respiramos su frescor. Nos debatimos ante un brazo del río u otro. Descansamos en un altillo de roca al cual subimos corriendo y aguantando la respiración por una pared casi vertical. Allí charlábamos. Planeábamos otras expediciones. Sabía yo de otras cuevas nuevas. Simplemente queríamos ir un poco más lejos. La verdad que no sé de qué hablábamos. Subíamos y bajábamos por esa pared de roca pequeña y vertical como si fuéramos patinadores de calle. A veces descansábamos. Y eso era muy dulce.



Jorge, nariz de botón. Quiero estar quieta. En la repisa de la ventana hoy se han abierto dos únicas florecillas amarillas que no esperaba. En una pequeña planta cuyo nombre desconozco, que apareció en nuestro pisito como regalo de una amiga que pasó unos días aquí mientras no estábamos, Ángela. Llevaba semanas sin flores, medio muerta, porque en mi ausencia Mikel no la regó. Yo no sabía cómo revivirla. Sus tallos que son rojos y acuosos se ponían marrones y se deshidrataban como un alga fuera del agua. Era una planta muy alegre, melliza. Tenía flores rosa fucsia y flores amarillas. Así la acepté. Pero viendo que se me moría enredé un poco y comprobé que eran dos plantas en el mismo tiesto. Quité una de las dos, la más grande, que era la que estaba pocha. Se quedó en muy poca cosa, unas ramitas que crecían hacia abajo pero con nuevas hojas verdes, casi una mala hierba. La he cuidado mucho estos días y han nacido mis flores preferidas. Una mezcla entre las flores de San José, esa otra flor que encontramos para Nerea y la flor de las fresas silvestres. Prímulas amarillas, violetas. En la sombra de la ventana una por ti y otra por mí.

Antes de ponerme a escribir, sólo por capricho he bajado a la calle a comprarme un dulce muy rico que solíamos comer con invitados. De camino a la pastelería me he encontrado con Maisha. Es la india-musulmana de la que al final ayer no hablé. Estaba fuera de la tienda sentada en una silla a la sombra del toldo. Me acerco a ella y nos saludamos afectuosamente. Hace tiempo que no coincidíamos. Ahora principalmente está en el restaurante cerca de la puerta. Antes todos los días nos veíamos en la frutería. Hace meses me dijo que cuando fuera a su país iba a traerme un vestido. En noviembre va para allí un mes. Llevan mucho tiempo lejos de casa. Lejos de su gente, pasan los días trabajando en otras calles. En el negocio ahora entiendo que están: Maisha y su marido –los más jóvenes–, el hermano mayor de Maisha, y un hombre más mayor que es mi amigo y me dijo que era el vecino.

–Éste, hermano también –me dice el hermano de Maisha refiriéndose al vecino.

–No –le digo yo –, éste es el vecino que me lo ha dicho él.

–Sí bueno, vecino, como hermano, en la misma calle, toda la vida.

Y ahí están. Quiero decir, que no están tan lejos de ningún sitio aunque el vecino tiene mujer e hijos que están en Bangladesh y Maisha tiene la madre ya bastante viejita. Maisha como un sol, se comparte en la calle que cruza mi calle y en las calles donde se crío y se hizo joven. Quiero decir que alumbra esta calle con rayos que van más lejos. Rayos que en su manera de querer acercarse al objeto, de penetrar en su superficie o dejarse reflejar, destapan otra realidad, que parece que no está aquí, y sin embargo, podemos ver cómo brilla. El árbol de su jardín.

Hoy me ha contestado una amiga a la que ayer escribí diciéndome que los franceses tienen un verbo que le gusta mucho: *balader*, pasear, *se balader*, pasearse. Por si me sirve de algo. Suena a balada. Y hoy me he levantado precisamente para ocuparme de eso, de esa palabra que no conocía. Que todavía no sé si sé decir y que no sé si sabré hacerlo. Ahora mismo es lo que más deseo. Bailar suave y a compás, y que no exista el tiempo.

Jorge nariz de botón, niño dormilón. Siempre iba a buscarte a casa y todavía estabas durmiendo. Tu madre me decía que subiera a despertarte. Ahí estabas en la litera de abajo enroscado en el edredón. No recuerdo qué hacía para despertarte. En la habitación había luz y recuerdo verte dormir lo mismo que verte crecer. Igual los muebles cambiaban de sitio, y el estampado del edredón. Tú tenías otra ropa y ya no tenías tanta nariz de botón. Pero muchas veces te encontraba todavía dormido y esperaba a que te vistieras y lavaras los dientes, o hicieras lo que tuvieses que hacer en el baño. Luego salíamos a la calle sin que hubieras desayunado, cosa inconcebible para mí. Se te olvidaba desayunar.

Pego mis labios a tus labios, nariz de botón, y te respiro. Hoy por fin estoy preparada para hacerte el amor. Mi niño. Lo más precioso, dulce y tierno sobre la faz de la tierra. Bracitos de piel fina y tersa que huelen a tardes enteras. Bracitos de sol. Expresarte mi amor que está extendido en una superficie más grande que ningún cuerpo. Totalmente expandido por todos los sitios en los que estuvimos haciendo el mundo todavía más grande para hacer sitio a un amor que me viene de vuelta. Ahora necesito un cuerpo tan grande como el territorio más grande exponenciado a los lugares, los paseos, las conversaciones, los sueños y las repeticiones. Para poder volver a recorrerlo en su ruta intrincada que sé de memoria y hacer un amor nuevo, exento, sencillo, que tú puedas tomar. Una cancioncita de amor suave, lejos de todas las guerras, un primer beso. Eso es lo que deseo. Darte un primer beso, eso es lo que quiero hacer. Prímulo, primoroso. Saca tus morritos y húndelos suaves en los míos. Respírame. Ojos de violeta. Mi amigo, mi compañero, no te mereces otra cosa. Un trozo de tarta de fresas y nata. Nariz de botón. Corazón corazón.

Sólo una vez delante del río de Foronda, más bien en la presa, donde el agua no suena, estuvimos totalmente en silencio, un segundo. Suficiente para engañarle al mundo y que creyera que no estábamos. A veces acudo allí y hay que tener mucho cuidado de no cerrar ese silencio. Que el mundo no se entere que estuvimos allí escondidos en el favor de una campana elíptica, en una cueva bajo la arena. Que no se entere, que no despierte. Que nos deje completamente solos otro segundo eterno.

Nos gustaba estar solos y al mundo le gustaba jugar con nosotros. Hacer de nosotros, dos niños gemelos, sus amantes más valientes. Chico y chica. Moreno-rubia. Amábamos al mundo juntos, muy por encima de nosotros estaban todas las aventuras. Más que mirarnos mirábamos los montes, los árboles, las cuevas, el río. Pero a mí de soslayo siempre me pareciste la cosa más bonita en este mundo, más digna de ser mirada, la que tenía más cerca, la más suave. La única que daba sentido a todo lo demás. Y de refilón no sé por qué siempre veo tus brazos, íbamos codo con codo. Tus brazos, lo que más me gustaba. Y esos brazos eran cuerdas de uno a otra. Que tendíamos siempre que hacía falta. Ahora apunto de despeñarme yo y ahora tú, nos salvábamos. O primero sube uno y un impulso desde arriba para el otro. Los utilizábamos como herramientas. De la única manera que el mundo, ese amante enorme y celoso nos permitía. Herramientas para surcarlo entero y atrevernos a todo. Nos quería aventureros. Y con esos brazos nos manejábamos. Cuanto más difícil más cerca estábamos, ese era el premio. Y siempre hacíamos la posibilidad más difícil, y cada vez más cerca a veces no recuerdo cuándo iba contigo y cuándo sola.

Entre sola y acompañada, te debo el arte y al amor. O el amor hacia el arte o el arte hacia el amor. Te debo todo. Volver a ver en esos ojos que nunca he dejado de ser tu Elena es lo que te doy. Te regalo todas las Elenas del mundo. Y tú te quedas con la que te gusta. Aunque no se parezca nada a mí no siento celos. Siempre nos pareceremos a nosotros, más allá de las caras, en cómo movemos los brazos. Yo no he dejado de practicar técnica de escalda, técnica de extremidades, puentes. Así que estás en mis brazos. Y yo siempre feliz de despeñarme. De cueva a cueva, un pasaje oscuro y de techo más bajo que había que pasar corriendo. Encendíamos ropa vieja y encontrábamos rastros de que un zorro merodeaba por ahí. Creíamos que se adentraba por las hendiduras de la roca en un pasaje casi horizontal. Nosotros respirábamos ese polvo milenario y esa humedad sucia. La primera vez, no sabíamos que las dos cuevas, siempre de la misma sección como una nave gótica, estaban unidas por este agujero. Un agujero picado al final de la estancia que desaprisionaba ese aire de dentro de la tierra. Al principio descubrimos una, la que más se veía desde el cauce del río seco. Y poco después la otra, que más oculta por los árboles, estaba perfectamente horadada en la misma pared de roca a poca distancia. Un día que no recuerdo nos atrevimos a seguir el agujero y al final se veía algo de luz. A tientas, llegamos hasta otro agujero y aparecimos en la otra cueva casi idéntica.

Las cuevas y esa zona cerca de las cuevas fue muy importante para nosotros. Las habíamos descubierto. Se podía subir a ellas desde el río cuando estaba seco, o bajar peligrosamente por la roca desde el monte de los domingueros. Por esa zona empezamos a hacernos mayores. Un día que de poco me mato bajando la pared de roca y tú me retuviste, pensé que no quería morirme sin darte un beso. Se lo conté a Lorena que me atormentaba bromeando con decírtelo, ya ves. Qué miedo.

Y ahora lo digo a los cuatro vientos. Qué te importa a ti que ya no eres pequeño. Y qué me importa a mí. Me importa lo que menos. Me importa un pito. En realidad eso entonces era inconcebible y no entra en el orden del ahora. Sólo tú y yo me importa un pito Lorena. Me coloco únicamente en el ahora, tengo amnesia. Tengo amnesia y amo como estoy preparada para amar, de una manera exacta que no puedes no entender y que no puedes no querer recibir. Lanzo un misil. Sale en proyectil la semilla más negra y resistente que ha habido en la tierra y surca el cielo. Colonias de bichos que transforman la basura en flores, reciclaje universal. Turba negra, debajo del árbol del amor nos besamos. Y esa noche el mundo da la vuelta al revés, y todo se pone en su sitio desde siempre. Un mensaje hace millones de años lanzado, hace miles vislumbrado y en mi corazón explota una estrella. Celebramos la boda más antigua del mundo y nos vamos a la luna a pasar la luna de miel. Todos nuestros invitados se lo pasaron como nunca, ¡y todos se casaron! Tú Jorge te casaste con Pati. Mikel y yo os casamos.

El día de nuestra boda nos lo pasamos fenomenal. Mi madre tocó *Momento musical* como marcha nupcial y echamos la siesta con la niña Kattalin antes de que llegaran el resto de los invitados. Nos pillaron en la siesta. A mí, mi Hermana Katy y Kattalin me vistieron como la primera novia. Y a Mikel, mi Hermano Alberto y Joseba le pusieron más guapo que nunca. Comimos canelones, pero, raro en mí, casi no pude comer de la emoción. ¡Y no bebí vino! Más emocionada que nunca me costó dormir.

Han pasado casi dos años desde entonces. Dos años en los que todo va cada vez mejor. Dos años desde que empecé este libro unos días antes del día de mi boda-cumpleaños hasta que lo terminé. Uno de ellos en Madrid donde hay muchos días de sol. Cada mañana me levanto muy alegre de vivir, y casi cada día hago el amor. Saludo a los tenderos y a las tenderas dicharachera para honrar a mi abuela Luz, que allí por donde paseaba era siempre saludada con una sonrisa. Poco a poco voy saliendo a la calle, como las orugas de seda. Mi cuerpo vuelve a necesitar sólo aire y luz. Un vestido que ondear. No me sorprenden mis brazos ni más ni menos. No recuerdo ninguna cara pero todas me sonrían. Es una mañana cualquiera en Madrid. Y el mundo parece realmente normal. La cara del pescadero sí la conozco. Me ve pasar. A veces le compro, no mucho. Hola guapa, me dice. Me cae muy simpático, parece un ángel de la guarda o algo así. Es un señor muy tranquilo y muy amable que madruga mucho, a las cuatro de la mañana todos los días. Me pregunta – ¿Ya vienes cansada?–. No sé a qué puede pensar que me dedico. Me ve pasearme por la calle delante de su puestito del mercado a horas muy dispares. Su puestito es un puestito exterior que se llama “la Bilbaína” pero él es asturiano, dulce.

Nuestro amigo Kiko, que se vino a Madrid a la par que nosotros es asturiano-gallego y es también muy dulce. Madrid le sienta fenomenal, veo cómo se llena de aire. Creo que es un espacio que le corresponde y que le queda cerca. Al anochecer dice que tiene la calle bien grabada en él. Está muy contento. Paseamos felices. Cerca de su casa las calles son avenidas, calles amplias. Y pasear por allí es pasear en él, llenarme de su aire.

Como un globo. Lanzarme al espacio al espacio. No negar que soy del espacio. Que el espacio

me entra por la nariz y me olvida. Caminar vacía y creadora. De mi pequeño pisito donde inventamos el mundo a los canales de aire que me transportan al futuro. Jamás me voy a morir, la muerte no la concibo. Amo, desde el principio de la historia con una intensidad no fluctuante. Flujo constante en el que vibro. A la velocidad de la luz, parezco quieta como las estrellas. En el universo cada vez hay más espacio y cada vez estamos más cerca. Y cuando muramos me ha dicho Mikel que estaremos preparados, que somos polvo de estrellas. Hoy preparada para amar no quiero morirme nunca.

Ayer me encontré con mi abuela en un pintor viejo que vendía sus cuadros muy bonitos en el

paseo del Prado. Se llama Serrano, Segundo de nombre. Preferiría que le hubieran puesto tercero. Le faltaba un diente o sólo tenía un diente y era guasón y refranero como mi abuela. Pintaba sus cuadros en el jardín botánico, algunos otros de foto. El más bonito era un árbol rosa como una nube. Le pregunté qué árbol era. Me contestó – no sé, creo que le llaman el árbol del amor.

–Como mi abuela– le dije –, que solía subir a ese que le llamaban el monte del amor y también solía ir a ese que le parece que llamaban el árbol del amor.

–Tenía gracia tu abuela.

– Sí, mucha.

–Yo le llamo el árbol de la vida y gusta mucho, es el que más vendo

–Por eso le llamas el árbol de la vida, porque te ganas la vida con él.

Quedamos en que íbamos a ser amigos, que ya nos veríamos. Seguramente debajo del árbol del amor. Al irme me dio un apretón de manos desde el otro mundo, del que nunca ha venido nadie para contarlo. Abuela, abuelita.

El árbol del amor, el árbol caído, el camino del jabalí. Les ponemos un mantel a los conejos y les



llevamos zanahorias. Elegantemente un tarrito con agua y chiviritas para una comida especial.

Mañana me voy de Madrid. Dos días a Apodaka a ver a mi madre y después a Lasierra, allí dos días sola y luego con Idoia la bailarina hasta que lleguen los demás. Me muero de ganas. Antes de irme pasaré por casa de Kiko y le daré mi plantita de las dos flores amarillas para que la riegue hasta que volvamos. Vamos a almorzar juntos. Somos ceremoniosos. Le quiero dar un beso para desearle toda la suerte del mundo en su exposición. Luego, me voy. Me pondré elegante, él es una flor. Muy guapo muy guapo.

Nuestra amistad crece de una manera natural. Estamos en la misma línea. Estar en la misma línea significa que te encuentras sí o sí y pasas a la dimensión predominante con toda la fuerza. Un abordaje pirata. Fuerza es potencia aplicada, potencia de dislocar, potencia para reconducir el curso de las cosas. Creación es creer que todo es posible y la existencia verdad. Esa es nuestra línea. Tres o cuatro personas en esta misma línea tienen más poder que millones en una línea hacia la destrucción. Porque una línea es como una onda, y no todas las ondas son igual de poderosas. Una onda puede ser una frecuencia muy densa, no fluctuante, puede serlo todo. Petar la onda y saltar a la dimensión. Hacer de la creación el espacio común. Darle a la línea dimensión. Y dimensión sólo hay una. Su magnitud o cabida no puedo llegar a imaginármelas. Una única dimensión infinita: la dimensión de la creación.

Hacer un abordaje imprevisto, e implantarla como régimen totalitario-doméstico, a la escala de las tazas de café y de las cajas de zapatos. De la disposición en una mesilla de todos los objetos que me pertenecen. De las cajas vacías con tus regalos, y el cajón de abajo lleno de esculturitas marcianas.

Vuelvo a casa, aunque no estés, muy cerca de ti, aquí, en lo misterioso del hogar, en tu misterio. En esta manera nueva mía de comportarme que no depende tanto de los brazos y las zancadas. Unos lazos invisibles. Tú no tienes nada que ver con mis montes. Quiero expresar el misterio de vivir a tu lado totalmente confiada en tu planeta. Con nuevas maneras de disfrutar del mundo. En nuestro pisito, que doy una zancada y ya estoy en tu cuarto de hacer música. Mikel, mi superhombre.